

**CARTILLAS DE
DIVULGACION ECUATORIANA
N.º 29**

**ELOY ALFARO
EL REVOLUCIONARIO CONSTRUCTOR**

EMILIO UZCATEGUI



EDIT. CASA DE LA CULTURA ECUATORIANA — QUITO 1981

CARTILLAS DE DIVULGACION

SECCION DE HISTORIA Y GEOGRAFIA CASA DE LA CULTURA ECUATORIANA

- 1 Aquiles Pérez: Las Culturas Aborígenes en la República del Ecuador
- 2 Francisco Terán: Nuestras lagunas andinas; Historia y Geografía
- 3 Emilio Uzcátegui: Desarrollo de la educación en el Ecuador
- 4 Gustavo Vásquez H.: Cartas de Bolívar al General Juan José Flores;
Historia y Antihistoria
- 5 Luis Andrade Reimers: Materiales históricos para el Pacto Andino
- 6 César Vicente Velásquez: El reverso de la guerra entre Quito y el Cuzco
- 7 Eduardo Martínez: Intervención del Gobierno de Alfaro en la guerra
de los Mil Días
- 8 Plutarco Naranjo: Semblanza de Montalvo
- 9 Marco A. Bustamante: Ecuador país tropoandino
- 10 César Vicente Velásquez: El enigma histórico de Cajamarca
- 11 Emilio Uzcátegui: Reflexiones sobre nuestras grandes efemérides
- 12 Aquiles R. Pérez: Rumiñahui
- 13 Luis Andrade Reimers: La cada vez más increíble historia de Atahualpa
- 14 Marco A. Bustamante: La línea equinoccial en el territorio de la Repú-
blica del Ecuador
- 15 Francisco Sampedro V.: Las Cuevas de los Tayos
- 16 Luis Andrade Reimers: Las esmeraldas de Esmeraldas en el siglo XVI
- 17 Eduardo N. Martínez: Entrevistas presidenciales Ecuador-Colombia
- 18 Aquiles R. Pérez: La minúscula nación de Nasacota Puento, resiste la
invasión de la gigantesca de Huayna Cápac
- 19 Francisco Sampedro V.: El problema geográfico geomorfológico del Ce-
nepa
- 20 Ricardo Alvarez: Bolívar y Manuelita Sáenz; aspectos biográficos, episo-
dios románticos y anécdotas
- 21 Emilio Uzcátegui: Es gloria de Quito el descubrimiento del Amazonas
- 22 César Vicente Velásquez: Proyección Continental de la Revolución de
Agosto
- 23 Aquiles R. Pérez T.: Los Duchisela
- 24 Ing. Vicente Enrique Avila: Los sensores remotos para la cartografía
- 25 Luis Andrade Reimers: Lo que Sucre hizo por el Ecuador
- 26 27—Franklin Barriga López: Temas de Historia.
- 28 Myr. Ing., Francisco Sampedro V. Los Sensores Remotos en el Ecuador.

PRECIO S/. 2.—

Este Libro es propiedad de la Bibl

Nacional de la Casa de la C

Su Venta es penada por la Ley

EMILIO UZCATEGUI

Eloy Alfaro
el Revolucionario Constructor

BIBLIOTECA NACIONAL	
QUITO - ECUADOR	
COLECCION GENERAL	
Nº	AÑO
PRECIO	DONACION



EDIT. CASA DE LA CULTURA ECUATORIANA — QUITO 1981

Entre las docenas de presidentes del Ecuador, uno de los de mayor relieve es seguramente Eloy Alfaro, guerrillero y revolucionario indomable a la vez que estadista y constructor, en ambas situaciones guiado por una ideología certera y de avanzada.

Más próxima a Manta que a Portoviejo, entre estas dos hoy prósperas ciudades manabitas, se asienta la pequeña población de Montecristi hasta entonces apenas conocida por los finos sombreros de toquilla hábilmente tejidos por sus escasos pobladores. Ahí nace Eloy Alfaro en 1842, hijo de un inmigrante español, cuando el período floreano o del militarismo extranjero se hallaba en sus postreros años.

En la oscura población rural tan sólo le fue dable acudir a una pobre escuela, pues de colegios nada sabía todavía. Sin embargo, gracias a los frecuentes viajes de su padre, comerciante exportador de sombreros y de tagua, pronto pudo ampliar su cultura residiendo primero en Panamá y ya adolescente en Lima.

Su etapa de desarrollo físico e intelectual coincide en gran parte con el período urbinista de nuestra historia, llamado así por la hegemonía directa o indirecta que ejerce José María Urbina, general a quien los esclavos ecuatorianos deben su manumisión. Y posteriormente, con el régimen garciano de cerrada política conservador y clerical.

El joven Alfaro que había heredado de su padre su espíritu revolucionario a la vez que recibido lecciones de rebeldía y folletos y periódicos difusores de la doctrina liberal y la noticia de la existencia de logias masónicas en la vecina ciudad de Guayaquil, el joven Eloy decimos, pudo así seguir paso a paso el desarrollo político de su patria, se interesó por él, lo estudió y no se contentó con profesar la ideología renovadora, sino que como fervoroso hombre de acción muy pronto se entregó a la lucha.

En julio de 1860 se le ofreció la primera oportunidad cuando un pelotón de soldados del gobierno viajaba desde Manta a reforzar la guarnición de Montecristi. Pudo más la temeridad que el cálculo prudente y lo arriesgó todo. Seguido de unos cuantos atrevidos macheteros y de

otros pocos provistos de armas de fuego, marchó a detener la avanzada garciana y al grito de *Viva el Partido Liberal* los artilleros enviados desde Guayaquil fueron derrotados. El primer guerrillero ecuatoriano había nacido aureolado con un triunfo rotundo. La represión contra los enemigos del gobierno fue atroz: fusilamientos, prisión, grillos, flagelaciones y Alfaro no tuvo otra alternativa que refugiarse en Panamá. Poco después, auxiliado por su padre, viajó a Lima (1865) en donde se uniría con Urbina para planear mejor y conjuntamente la lucha.

Mientras Urbina organizaba la toma de Guayaquil, Alfaro haría lo propio en Manta. Mas uno y otro fracasaron en su propósito y nuevamente, desafiando graves peligros volvió al exilio aprovechando un barco surto en la Ría de Guayaquil. Años de quietud forzada por el terrífico régimen de García Moreno le permitieron dedicarse al comercio en Panamá y acumular una fortuna que pronto habría de alimentar la insurrección permanente y sin otra tregua que la necesaria para su financiamiento. Con sus propios recursos organizó aventuras revolucionarias como la de la goleta "Evangelina" que, bien provista de municiones debía amagar Manta (1871); pero que terminó en fracaso.

Un golpe de machete asestado por Rayo y los disparos de jóvenes antigarcianos acabaron con la vida del gran tirano, pero no con el régimen. Las esperanzas de renovación cayeron y se enseñoreó la traición. Ignacio de Veintimilla que depuso a Borrero defraudó a quienes habían creído en su liberalismo. Alfaro y Urbina se vieron precisados a nueva insurrección y salieron victoriosos en Galte, en las inmediaciones de Riobamba, al mismo tiempo que Veintimilla triunfaba en otra batalla. Mal hizo Alfaro en apoyar a Urbina, pues éste se alió con Veintimilla quien fue el beneficiario. Las expectativas fijadas en Pedro Carbo, liberal a medias tintas nombrado ministro, pronto se desvanecieron. Urbina designado General en Jefe del Ejército no sólo se entregó al nuevo presidente, sino que privó a Alfaro de su grado de coronel, el cual hubo de refugiarse una vez más en Panamá.

El transfugio de Veintimilla y la inoperancia y desmanes de su gobierno traen al país a su incorruptible adversario. Llegó sigilosamente

a Guayaquil, y de acuerdo con sus correligionarios, Alfaro dirigió la insubordinación que pronto fue debelada y su dirigente apresado por orden del tirano. Este que había viajado a Guayaquil visita al prisionero en su celda e impotente ante las máximas virilidad y altivez del prisionero cobardemente lo hace engrillar. Sólo después de un mes de sufrir torturas y con la expresa condición de que todos los compañeros de la revolución serían liberados, acepta salir del país comprometiéndose a no regresar ni alterar el orden público.

Veintimilla no cumple el compromiso y se proclama dictador. El pertinaz luchador regresa al mando de una nueva expedición que es derrotada tras rudo batallar en Esmeraldas. Con unos pocos soldados remanentes del desastre atraviesa los hostiles desfiladeros de la cordillera y llega a un pueblecito de los alrededores de Ibarra. En Quito espera una nueva oportunidad que no tarda en presentarse.

El 9 de julio de 1883 se libra en Guayaquil cruenta batalla en que las fuerzas combinadas de Alfaro y Sarasti con la estrategia del primero arrollan a las gubernamentales y ponen en fuga a Veintimilla. La gloria correspondió por entero al aguerrido luchador; pero las maniobras políticas lo ladearon y la ingratitud fue tal que convocada la Convención para elegir Presidente a Alfaro, apenas tuvo 13 votos y al contrario 19 diputados conservadores impidieron que se le confirmara en su grado de General de la República. Con amargura licenció su ejército y regresó a Panamá, en tanto los conservadores hacían y deshacían del gobierno.

La audacia y coraje de que hizo derroche en la famosa hazaña naval del *Alajuela* no le fueron propicias y casi un cadáver arribó a la costa; sin embargo se cubrió de gloria y adquirió un prestigio continental.

Habían transcurridos veinte años de vida fragorosa y agitada en organizar ejércitos para dar a su patria libertad, democracia y tolerancia, veinte años de muchos reveses pero de ninguna claudicación y en que se le arrebataron hasta los más sonados triunfos, no le abatieron ni le hicieron renunciar a sus ideales.

Alejado en Panamá, su segunda patria, sus hazañas permanecían siempre vivas en el Ecuador; su fama crecía; sus partidarios se multiplicaban y la insurgencia liberal mantenía su confianza en que sus frecuentes asonadas culminarían en el éxito tan anhelado. Y había razón para ello. Si las circunstancias le impedían actuar en la porfiada brega, en los intervalos de descanso, recababa fondos para reanudarla y conquistaba más amigos y seguidores. Quien más que ningún otro merece recordarse es el esmeraldeño Luis Vargas Torres, ejemplo de decencia y de valor que supo morir como héroe: engrillado y condenado a muerte no aceptó su libertad si no la extendía a todos sus compañeros. Tampoco es para silenciar el ascendiente de hombre honrado, valeroso e ideólogo que adquirió entre estadistas, escritores y pensadores extranjeros de primera categoría que se sentían sus amigos y que le prestaban ayuda. Como hombre continental contó con la admiración de José Martí, Antonio Maceo, Guzmán Blanco...

Sin embargo, dentro del país las condiciones le eran adversas. En 1888 sube al poder Antonio Flores, mediante elección en que se afirma que hubo fraudes en contra de la candidatura de Alfaro, a quien vivaba el pueblo. El victorioso presidente, sirviéndose del Cónsul en Callao le propuso una plenipotencia o cualquier alto cargo que prefiriera a cambio de cesar las hostilidades; pero rechazó la oferta indicando que lo único que aceptaría sería que se entregara el poder al Partido Liberal. El insobornable luchador prefirió continuar en su honorable pobreza.

Por este tiempo escribió folletos que ocasionaron revuelo: *La Renegación y la Restauración*. *La Revolución, campaña de 1884*, sobre el glorioso desastre de Jaramijó y los dos de mayor relieve *La Deuda Gordiana* (1891—1892) que critica los malos manejos del Gobierno que impidieron que el país se librara de la agobiante carga que le significó la asignación de 21 y medio centésimos de la deuda de la independencia, equivalentes a 1'500.000 libras esterlinas que se adjudicaron al Ecuador en ausencia de nuestra representación y sin atender a que no se emplearon en nuestra propia lucha ni a la debilísima economía monopolizada por unos cuantos exportadores de cacao.

Tras largas y desconsoladoras esperas llegó la hora decisiva. El progresismo había hecho crisis y los desaciertos de los últimos gobernantes, Caamaño y Cordero, culminaron en el turbio "negociado de la Bandera" (1894). Estalló el escándalo que puso en evidencia la desvergonzada codicia de Caamaño, entonces gobernador del Guayas, la ingenuidad del presidente Cordero, el desprestigio y la inepticia del régimen, factores que dieron apertura al triunfo del liberalismo y de Alfaro. Todos sintieron la necesidad de una revolución de hondura. El fervor popular se expandió. Quizá es la primera vez en que el pueblo toma parte activa y multitudinaria. Todos coincidían en que había que derribar al gobierno. Los levantamientos se sucedían, en su mayor parte protagonizados por los liberales.

No obstante los años de ausencia, Alfaro fue el alma de la transformación: con la alta jerarquía de Jefe Supremo de la República y General en Jefe del Ejército fue proclamado en Guayaquil el 5 de junio de 1915. Viajó de inmediato y se posesionó de los cargos. Al día siguiente declaró vigente la Constitución de 1878 y organizó el ejército que había de imponer paz y fundamentales cambios en la estructura estatal.

Despachó comisiones a Quito y Cuenca para concertar una solución pacífica; pero ninguna halló eco. Un ayatola de la época, tan fanático como los muslines de ahora, emprendió la guerra santa contra los masones liberales. Era el terrible clérigo alemán Schumaker, obispo de Portoviejo. Sus proclamas tenían el más acre e incendiario lenguaje. Derrotado en Manabí avanzó a Quito al frente de tropas obnubiladas a engrosar el clericalismo serrano, y proseguir la guerra sin piedad contra el "indio" Alfaro. Con este calificativo quisieron infamar al caudillo que a todas luces era de otra etnia; pero que con el andar de los tiempos más bien sirvió para vincularlo a las masas indígenas que por otra parte fueron por primera vez protegidas por decretos en su beneficio. Un 10 de agosto, Guamote fue escenario de inicial acercamiento del mestizo que durante un siglo de independencia había continuado la política de sumisión del aborígen y el indio que al fin tenía un guía y redentor en quien confiar. Dos caudillos auténticamente indios buscaron a aquél a quien la oligarquía creía humillar y ultrajar con el calificativo de

indio. Sáenz y Huamán le ofrecieron el concurso de 10.000 aborígenes y Alfaro lo aceptó nombrando generales a los dos dirigentes. Una cantidad de ellos fue incorporada al ejército libertador con los mismos salarios de los demás, primer gesto de auténtica democracia en nuestro vivir republicano. Al mismo tiempo y antes de lograr el triunfo a los quince días de la entrevista, exoneró a la raza indígena del pago de impuestos a la tierra y de la obligación del trabajo subsidiario. Otro decreto con que favoreció a los indios los libraba del uso de papel sellado y timbres. Un tercero ponía en libertad a los apresados por costas judiciales.

Mientras tanto seguían los pronunciamientos por los cuatro costados de la República. Una batalla tras otra tuvo que librar hasta la decisiva de Gatazo (cerca de Riobamba). Importante fue la contribución indígena al señalar los caminos más adecuados y prestar otras ayudas a los revolucionarios. Gatazo significó el principio y el fin de los gobiernos clericales y aristocratizantes. El rotundo triunfo, sin embargo no pudo apagar los focos de resistencia. Sólo la convocatoria a una Asamblea Constituyente, al restablecer el orden jurídico, contribuyó a estabilizar en buena parte al nuevo régimen, pero las perturbaciones persistieron mucho tiempo y exigieron, como fue el caso de Cuenca, la dirección personal de la contienda por el propio General Alfaro, ya Presidente de la República.

A pesar de estas distracciones de su trabajo constructor, no descuidó los numerosos problemas de la administración y los que le imponía su pasión por el progreso material, social y económico, como también los de orden internacional, tales como su apoyo a la independencia de Cuba, la reunificación de la Gran Colombia, la ayuda al liberalismo de otros Estados, en todos los cuales actuaba por propia iniciativa y sin esperar la venia de los demás. Así como la guerra de la Independencia tiene un sello de unidad, la liberalización de América tuvo también marcado internacionalismo.

Otras tareas a las que dedicó su atención fueron arreglos con el Vaticano sin entregas y más bien asentando la primacía del Estado; expedición de modernos Códigos y leyes; arreglo de la deuda pública;

adopción del patrón de oro para la moneda; apertura de las oficinas públicas al trabajo de la mujer; mejoramiento de la condición del indio; saneamiento de Quito; creación de numerosas escuelas primarias, de colegios, conservatorio y en especial los institutos normales que tanta falta hacían para la tecnificación y laicización de la enseñanza. Por sobre todas las cosas y venciendo todos los obstáculos hizo avanzar la vía férrea de Guayaquil hasta la Capital de la República.

Todo esto demandó mucho dinero; pero lo admirable es que no se recurrió al socorrido arbitrio de elevar los impuestos; sino a administrarlos con honradez y buen sentido de inversión. Las rentas nacionales no pasaban de S/. 6'000.000, esto es, tres millones de dólares.

Concluido su período constitucional se retiró a Guayaquil a vivir pobremente, ya que su fortuna la gastó en su permanente batallar y puesto que los sueldos de la presidencia eran menos que modestos y apenas le permitieron subsistir con verdadera modestia y austeridad. No aceptó la Jefatura del Ejército que le ofrecía Plaza, porque implicaba cierta humillación que no la soportaba.

Leonidas Plaza entregó el mando a Lizardo García elegido Presidente. El nuevo mandatario no era un genuino liberal, no demostraba interés por la construcción del ferrocarril y antes bien la obstaba. Para salvar los principios que amenazaban olvidarse y sobre todo la gran obsesión de la vía férrea, el aguerrido caudillo tuvo que optar una vez más por la revolución. Con sus acostumbradas prontitud y destreza organizó un ejército, marchó a la Sierra y triunfó en Chasqui. El 17 de enero de 1906, derrotado el gobierno de García Moreno, entró a Quito y asumió la presidencia. Tampoco demoró en convocar la Constituyente. Reunida ésta expidió la primera Constitución realmente laica y que es la que más ha durado. Luego se dictaron varias leyes importantísimas como la de Instrucción Pública y la de Beneficencia que incorporó al patrimonio nacional los llamados bienes de "manos muertas".

Momentos de gloria, muy merecida, fueron el arribo del ferrocarril a Quito (1908); la Exposición Universal conmemorativa del Centenario

de la Independencia (1909) y la defensa efectiva de la seguridad nacional, poniéndose al frente del ejército en su marcha a las fronteras a defender su integridad amagada por el Perú (1910).

Casi al mismo tiempo los enemigos irreconciliables, las ambiciones desaforadas, los descontentos por no haber saciado sus apetitos y el divisionismo suicida en las filas del liberalismo minaron la sustentación política del Viejo Luchador y pocos días antes de la conclusión de su período legal lo derrocaron arteramente con el pretexto urdido de que tramaba una dictadura. Asaltado el palacio de gobierno heroicamente defendido por sus hijos Olmedo y Colón, los traidores se impusieron, Alfaro protegido por el Ministro de Chile hubo de asilarse en su Legación para días más tarde regresar a su segunda patria, Panamá que siempre le brindó cálida acogida.

Asume el poder el presidente electo Emilio Estrada quien muere a los tres meses. Su muerte desata las ambiciones y da lugar a una situación caótica. El general Pedro Montero, el camarada más fiel a Alfaro, se proclama en Guayaquil y llama al gran caudillo a hacerse cargo del mando supremo. No con ánimo de atrapar el poder, sino más bien con afán mediador, combaten fieramente en Huigra, Naranjito y Yaguachi. Las tropas del gobierno de Quito entran a Guayaquil, sus dirigentes rompen su compromiso de dejar salir a Alfaro y lo apresan junto a sus generales más leales. Las turbas y la soldadesca asesinan a Montero; corre grave peligro la vida de Alfaro y sus generales; con imprudencia o malicia censurables los prisioneros son conducidos a Quito. Ingresados al Panóptico quienes debían ser los guardianes de los infelices apresados se convierten en sus verdugos y facilitan y ayudan al asesinato más cobarde e ignominioso de la historia nacional que halla su epílogo en las piras que se encienden en el Ejido de Quito, hoy Parque 24 de Mayo, para dar remate a los fragmentos de cadáveres remanentes de su arrastro a lo largo de la ciudad.

No se puede decir que el gran estadista del Ecuador y de América no haya incurrido en errores; pero es evidente que ningún otro mandatario del país hubiese construido tanto, en lo material y en lo espiritual.

Su sangre y su trabajo barrieron con el fanatismo y dieron fin a los regímenes teocráticos y clericales. Alfaro hizo mucho, proyectó mucho más; pero todavía la República no estaba madura para la revolución social que han querido algunos exigir de él, sin pensar en que ni siquiera México pudo hacerlo con la revolución más radical, larga y sangrienta que se desarrolló casi simultánea con la alfarista. Dictó leyes para superar las condiciones sociales de la gran masa indígena y del pueblo en general aunque muchas no se cumplieron y quedaron escritas; pero no es justo exigirle más. El indomable primer guerrillero ecuatoriano cumplió con lo que le permitía su tiempo y de todas maneras tuvo títulos suficientes para que lo consideremos el precursor de la revolución social ecuatoriana.

